

## Acortando distancias

Por: María Belén Bolpe, Fabia Hujarshi y Josefina Bolis

E- mail: mbb\_086@hotmail.com

Desde que comenzamos a trabajar en el proyecto “Comunicación en situaciones de encierro”, nuestra intención fue mostrarles que la comunicación, más precisamente la gráfica, puede utilizarse como una herramienta, un medio para expresar sus pensamientos, sentimientos y opiniones, y que de alguna manera pueden “atravesar” las puertas de los institutos. Es por eso que nos organizamos para darles las clases, que no poseían las características tradicionales profesor-alumno, sino que consistían en diálogos a través de los cuales realizaban sus primeras aproximaciones a la redacción periodística.

Elas eran consumidoras de los medios masivos, especialmente de la televisión, y conscientes de los discursos hegemónicos que circulaban sobre la juventud y la delincuencia. Esto lo pudimos comprobar en una de las primeras actividades que efectuamos, que consistía en enseñarles un enlatado de noticias relacionadas a esta temática. Si bien se identificaban en algunas imágenes, tomaron una postura reflexiva acerca de estos relatos, ya que cuestionaban su veracidad y argumentaban que la prensa y la sociedad en general tendían a prejuzgarlas y culparlas por sus actos. Su crítica hacia los medios se basaba en que no se investigaba más a fondo la situación particular, es decir que se actuaba con negligencia, lo que conducía a generalizaciones; y con respecto a la sociedad, su apatía y falta de compromiso.

Desde un principio la respuesta hacia el proyecto fue positiva. Para nosotras fue un desafío posicionar nuestro rol a un ambiente hasta ese momento desconocido, ya que debíamos adecuarnos a sus predisposiciones y expectativas hacia el encuentro. Es por esto, que si bien nuestro objetivo era transmitirles conocimientos de redacción periodística, no dejamos de lado el poder conocer sus historias de vida y todo lo que ellas nos quisieran contar.

Son muchas las situaciones por las que han atravesado, desde violaciones siendo muy chicas de edad hasta ser autoras de asesinatos. Por más de que su pasado haya sido totalmente adverso, tenían intereses similares a los nuestros, compartíamos temas de conversación y nos reíamos de los mismos chistes.

La hostilidad era la moneda menos corriente. Nuestra presencia las animaba, les permitía salir por un momento de la monótona rutina y, principalmente, les aportaba un ingrediente del “afuera”.

## **Cruzando el muro**

Nuestra presencia en el instituto de menores tenía dos objetivos, uno declarado, incentivar su escritura periodística, y otro implícito, el conocer más de cerca la realidad de las jóvenes que allí se encontraban. En función del primero, en un principio se propuso que redacten sobre una temática de interés general que las atravesara de algún modo, como por ejemplo la maternidad, la sexualidad, las drogas y la delincuencia.

Para ayudarlas en la redacción de su artículo les acercábamos datos y notas de diarios sobre estos temas. Sin embargo, esta información externa era raramente leída. Las fuentes oficiales no despertaban en ellas ningún interés, y en sus escritos siempre terminaban remitiéndose a su propia experiencia. Era imposible pedirles -y sería absurdo- que dejen de lado su subjetividad, ya que aquel espacio de expresión tenía para ellas connotaciones liberadoras.

Así mismo no significa que sus ideas fuesen totalmente autónomas, inmunes a la influencia que la institución total en la que se encuentran ejercía sobre ellas. Por eso, muchas veces para saber lo que pensaban había que leerlas entre líneas, ya que el discurso del poder estatal o legal que las había puesto en esa situación las atravesaba profundamente.

Retomando nuestras apreciaciones sobre lo escritural, no se puede obviar la relevancia que tenían para estas jóvenes los tatuajes, como evidencia de sus recuerdos, sus placeres, sus deseos y sus penas. Sus familiares, especialmente sus hijos, tenían que tener un espacio en su piel. Probablemente las marcas en el cuerpo eran una manera de llevar a sus afectos consigo incluso en el aislamiento y para luchar contra la soledad. Asimismo, sus cuerpos reflejaban la bronca: en más de una de las chicas pudimos visibilizar tatuados “los cinco puntos”, que significan “policía encerrado”, o el punto en la mejilla, que como una lágrima inmóvil y perpetua refleja su tristeza.

La relación entre ellas demostraba una jerarquía entre las “viejas” y las “nuevas” con respecto a su antigüedad dentro del instituto. En sus palabras, las nuevas tendían a ser problemáticas, no se adaptaban fácilmente y perjudicaban al grupo, porque su comportamiento inadecuado llevaba a represalias generales. La necesidad de mínimas libertades dentro del encierro -como poder acceder a la oficina del director o utilizar la llave de alguna reja interna- era de gran valor para ellas, por lo que la autoridad -sin evaluar su validez o justicia- era reproducida por las mismas chicas para con sus compañeras.

Pero los lazos se formaban, generalmente de a pares y, en algunos casos, esa unión podía incluir la sexualidad. La convivencia entre formas heterosexuales y homosexuales de relaciones amorosas parecía no presentar un conflicto. Algunas de ellas eran novias “adentro”, pero “afuera” tenían sus respectivas parejas de sexo masculino.

Esa comparación y contradicción entre adentro y afuera era una constante. Como dijimos, cuando se les proponía escribir sobre sus vivencias en el instituto ellas se referían instantáneamente al relato de las causas que las llevaron ahí o imaginaban panoramas que las situaban de vuelta afuera. Estando adentro vivían del afuera. Por esto, cuando se les propuso que le pusieran un nombre a la revista que estaban escribiendo bajo nuestras consignas, la respuesta inmediata fue “Cruzando el muro”.

Y fue allí cuando nos dimos cuenta de la enseñanza que habíamos obtenido como estudiantes extensionistas, que iba más allá de la experiencia personal adquirida en el encuentro con otras realidades sociales. El aprendizaje era completamente bidireccional. Las voces de éstas jóvenes nos ayudaron a reflexionar sobre la trascendencia que tenía para ellas nuestra acción, nos ilustraron sobre qué era aquello que podíamos ofrecerles desde nuestro campo de estudios. Les acercábamos la posibilidad de que su palabra fuera escuchada por otros, por los de afuera, y con esto se concretaba un primer esfuerzo para romper el aislamiento. Al quebrar el silencio se acercaban así a su ansiada libertad.